

Cuadernos del Sur

AÑO 13 - Nº 25

Octubre de 1997

Che Guevara... siempre.*

Ahmed Ben Bella.



Desde hace veinte, años el Che interpela nuestras conciencias. Y es desde Bolivia que él ha elegido hacerlo.

Bolivia, cuyo nombre está hoy en día asociado al suyo, de la misma manera que evoca la memoria de Bolívar y de Sucre. Es un país que fue uno de los lugares cumbres de la historia de los hombres, en su apasionada búsqueda de la dignidad y de la libertad.

Más allá del tiempo y del espacio nosotros escuchamos hoy en día el llamado laserante del Che que nos intima a responder. *Sí, sólo la revolución armada permitirá la llegada de una sociedad y de un hombre nuevo. Sí, sólo la revolución armada podrá liberarnos de todas las formas más odiosas de la alienación.* Con su muerte el Che, él mismo, nos respondió.

Aún si el porvenir soñado no se presenta siempre exactamente a la cita, aún si es necesario rehacer cien veces la obra; nosotros sabemos con certeza que no hay otra alternativa más que la revolución armada, mientras que el hombre siga siendo domina-

do y alienado. Ella sola puede restituirle su verdadera dimensión y aún, a veces, elevarlo a la estatura de los gigantes. Ella sola puede, a veces, hacer del hombre un ser luminoso.

Esa luz nosotros vimos que irradiaba del cuerpo desnudo del Che extendido, yacente, en alguna parte en el fondo del Nancahuazú. En esas fotos que aparecieron en todos los cuatro rincones del mundo, mientras que el mensaje profundo de su última mirada nos llegaba hasta lo más hondo del alma. Esta luz, ese mensaje, vivirán tanto tiempo como viva el mundo. Nos seguirán sin fin, como una invitación insistente a trascendernos, en esos momentos esenciales de la vida en que se decide nuestro futuro.

Un arte de vivir y de morir

"Sea donde fuere que nos sorprenda la muerte, decía él, que ella sea bienvenida. Siempre que nuestro grito sea escuchado y que otra mano se extienda para empuñar nuestras armas, que otros hombres se levanten para entonar el grito fúnebre en el ruido de las ametralladoras y los innumerales gritos de guerra y de victoria."

* Publicado en "Sous le drapeau du Socialisme" - N° 105/106. Dic 87/Enero 88. París.

Del Che es ésto lo que nos quedará eternamente.

Conviene proceder a otra lectura más profunda, si se quiere restituir a los hechos y a los gestos su sentido real. Sobre todo él odiaba, porque los conocía muy bien, los engaños del oportunismo, las vueltas y sus falsas apariencias. El sabía desemboscarlos, aún allá donde se creían bien disimulados. El sabía que ellos eran los verdaderos enterradores de las revoluciones. Instruído por una larga y rica experiencia, como un cirujano manejando su bisturí con mano firme, él actuaba para extirpar ese tumor maligno incrustado en la carne de la revolución.

Aún si él ha hablado y ha escrito sobre la guerrilla, el Che no ha dejado un código preciso del perfecto guerrillero. Eso los hombres siempre sabrán hacerlo constar, en sus escritos, cuando las circunstancias y los acontecimientos los obliguen a ello. Sea que ellos hayan finalmente aceptado arriesgar su vida por un ideal y que ese ideal se confunda con su vida. Ganarán quizá, perderán quizá, poco importa. Es el combate en sí mismo el que enriquece la vida; el que da al hombre sus cartas de grandeza y eleva su conciencia.

Pero más que éso, más que un manual dialéctico, el Che ha dejado ideas y un código de vida para, decía él, *que ese amor a la humanidad viviente sea transformado en los hechos concretos que sirven de ejemplos y que son movilizados.*

Fidel dijo de él que: *su talón de Aquiles era su desprecio absoluto del peligro.* Puede ser que eso fuera un talón

de Aquiles, pero eso también fue su fuerza y su grandeza.

Ciertamente el Che era valiente, pero un valiente conciente. Con su cuerpo debilitado por el asma, acompañándolo, a veces, sobre las alturas que iban más allá de debilidad, yo veía que la crisis llegaba y que le daba a su cara un tinte verdoso. Todo el que ha leído su diario de Bolivia sabe con que salud arruinada él debía enfrentar las terribles pruebas físicas y morales que sembraron su camino.

Finalmente, más allá de la silueta inscripta en lo más hondo de nuestras memorias y de nuestros corazones, el Che es para nosotros un arte de vivir y de morir.

Es imposible hablar del Che sin hablar de Cuba y de las relaciones particulares que los unían. Tanto su historia, como su vida, estuvieron ligadas con ese país, que fue su segunda patria antes de que se dirigiera allá hacia donde lo esperaba la revolución.

Yo lo conocí en las vísperas de la crisis internacional ligada al asunto de los misiles y al bloqueo de Cuba decretado por EEUU. Argelia debía acceder a la independencia. El primer gobierno argelino acababa de ser constituido y el jefe del gobierno argelino debía asistir, en ese mes de setiembre de 1962, a la sesión de las Naciones Unidas para la ceremonia del izamiento simbólico de la bandera en lo alto de la Sede de las Naciones Unidas. Ceremonia que consagraba la victoria de nuestra lucha de Liberación Nacional y la entrada de Argelia en el concierto de

las naciones libres. El buro político del Frente Liberación Nacional había decidido que esta visita a las Naciones Unidas debía ser seguida por otra visita a Cuba. Más que de una visita se trataba sobre todo de un acto de fe que marcaba nuestros compromisos políticos. Argelia deseaba marcar públicamente, su total solidaridad con la revolución cubana. Particularmente en esos momentos difíciles de su historia.

Invitado a la Casa Blanca, yo tuve francas y cálidas discusiones con Kennedy a propósito de Cuba. A la pregunta directa que yo le planteaba: *¿Tendrían ustedes una confrontación con Cuba?*, él no dejó que apareciera ninguna duda sobre sus intenciones reales y me respondió: *No, si no hay misiles soviéticos; sí, en el caso contrario.* El tentó disuadirme con insistencia de mi viaje a Cuba, mediante un vuelo directo desde Nueva York, llegando incluso a evocarme la posibilidad de un ataque al avión cubano que debía transportarme, realizado por la oposición cubana instalada en Miami. A estas amenazas, apenas veladas, yo le retrucaba diciéndole que las amenazas de los enemigos argelinos o cubanos no me intimidaban.

Nuestra llegada a Cuba se desarrolló en medio de un regocijo popular indescriptible. El programa preveía discusiones políticas en la sede del partido en la Habana desde el momento de la llegada de nuestra delegación. Pero las cosas transcurrieron muy diferentemente. Apenas fueron depositadas nuestras valijas en el lugar donde de-

bíamos residir fue que, trastornando el protocolo, nosotros nos pusimos a discutir desordenadamente con Fidel, con el Che, con Raúl y con los otros dirigentes cubanos que nos acompañaban. Nos quedamos discutiendo horas y horas. Por supuesto yo informé a los dirigentes cubanos la impresión que me había dejado mi entrevista con Kennedy y sus intenciones belicosas.

Al final de estos debates apasionados, realizados alrededor de mesas que habíamos puesto juntas, nosotros nos dimos cuenta de que prácticamente habíamos agotado el programa de preguntas de asuntos que debíamos estudiar y que por lo tanto nuestra reunión en la sede del partido ya no tenía más objeto. Y en un común acuerdo decidimos pasar directamente al programa de visitas que nosotros debíamos hacer a través del país.

Esta anécdota da una idea de las relaciones totalmente desprovistas de protocolo que debían ser desde el comienzo la característica esencial, la norma de los lazos que unían a la revolución cubana y la revolución argelina y los lazos personales que me unieron a Fidel y al Che.

Lo mismo sucedería con las relaciones que nuestros dos países mantuvieron por la vía de nuestras embajadas. Por ejemplo, el estatuto particular que poseía el embajador Serguera instalado en Argelia en una propiedad que no pagaba alquiler. La posibilidad que él tenía de verme a cualquier hora sin pasar por la vía del Ministerio de Relaciones Exteriores,

mis visitas frecuentes a la embajada de Cuba y la reciprocidad que había en Cuba hacia nuestro embajador. Todo eso confería a nuestras relaciones un calor que raramente se encuentra en el dominio de las relaciones diplomáticas y que testimonia una solidaridad sin fallas.

Esto será confirmado de una manera espectacular después de la primera alerta grave que amenazó la revolución argelina, con la crisis de Tindouf en octubre de 1963. Nuestro joven ejército, recién salido de una lucha de liberación, no poseía ni fuerza aérea, dado que no teníamos ni un solo avión, ni fuerzas blindadas. Y fue atacado sobre el terreno que le era más desfavorable, dado que no podía utilizar ahí los únicos métodos que conocía y que había probado en nuestra lucha de liberación, es decir, la guerra de guerrilla. El desierto y sus vastas extensiones desnudas, estaban lejos de las montañas de Aurés, de Djurdjurá, de la península de Collo o de Tlemcen que habían sido su medio natural y de los cuales conocía todos los secretos.

Nuestros enemigos habían decidido que era necesario romper el impulso de la revolución argelina antes de que se volviera demasiado fuerte y que arrastrara todo a su paso. Nasser despachó muy rápidamente la protección aérea que nos era necesaria. Y Fidel, el Che, Raúl y los dirigentes cubanos nos enviaron un batallón de blindados y centenares de soldados que se dirigieron hacia el sur de Sidi-Bel-Abbès, donde yo los visité y estaban listos para

entrar en lucha si esta guerra de las arenas hubiera continuado. Los tanques enviados por Cuba poseían un dispositivo infrarojo que les permitía actuar a la noche y que les habían sido provistos por los soviéticos con la condición expresa de que en ningún caso debían ser puestos en las manos de otros países, inclusive de los países comunistas como por ejemplo Bulgaria.

A pesar de estas restricciones de Moscú y pasando por encima de los tabús, los cubanos no tardaron en enviarnos sus tanques en socorro de la revolución argelina en peligro. La mano de los EEUU se veía evidentemente detrás de los acontecimientos del Tindouf. Nosotros sabíamos que los helicópteros que transportaban las tropas de Hassan II eran piloteadas por americanos. Esto justificaba ampliamente la presencia de los tanques cubanos en Argelia.

Son esencialmente las mismas razones de solidaridad internacional las que condujeron más tarde a los dirigentes cubanos a intervenir, del otro lado del Océano Atlántico, en Angola y en otros lugares.

Las circunstancias que rodearon la llegada de ese batallón merecen ser señaladas ya que ilustran más que cualquier otro comentario la naturaleza de nuestras relaciones privilegiadas con Cuba y sus dirigentes.

En setiembre de 1962 después de mi visita a Cuba, Fidel había honrado la promesa de su país de suministrar una ayuda de dos mil millones de francos viejos a la revolución argelina que,

teniendo en cuenta la situación económica de Cuba, nos fueron enviados no en divisas sino en azúcar. A pesar de mi rechazo ya que yo consideraba que en ese momento Cuba tenía aún más necesidad de azúcar que nosotros, ellos no quisieron saber nada. Aproximadamente un año después de esta discusión, mientras nosotros vivíamos los acontecimientos del Tindouf, un barco que llevaba pabellón cubano se dirigió hacia el puerto de Orán.

Junto con el cargamento de azúcar prometido, nosotros tuvimos la sorpresa de encontrar allí centenares de soldados cubanos y decenas de tanques que llegaban en socorro de la revolución argelina. Un detalle resume el espíritu de esta acción. Sobre una hoja arrancada de un cuaderno escolar fue que Raúl me envió un breve mensaje para anunciarme este gesto de solidaridad.

Por supuesto, nosotros no podíamos dejar que ese barco volviera vacío y en consecuencia lo llenamos de productos argelinos y siguiendo el consejo del embajador Serguera agregamos allí algunos caballos árabes.

Así se iniciaba entre los dos países un trueque de carácter no comercial, bajo el sello de la donación y de la solidaridad y que, a medida de las circunstancias y de las limitaciones, también fue un elemento original de nuestras relaciones con la revolución cubana. Este nuevo tipo de intercambios que trastornaban todas las concepciones mercantiles de las relaciones comerciales, dado que nuestros mi-

nistros de comercio no tuvieron nunca nada que ver con este trueque, fue practicado también con otros países amigos como el Egipto de Nasser, el Mali de Modibo Keita, la Guinea de Sekou Touré, la Tanzania de Nyeréré, el Congo de Massembat Debat o el Ghana de N'Krumah. Nosotros dábamos, pero también recibíamos igualmente y nunca hemos sabido cuánto.

El Che era particularmente conciente de las innumerables restricciones que trababan y debilitaban la verdadera acción revolucionaria. Y también de los límites que afectaban toda experiencia, aún la más revolucionaria, desde el instante en que ella se enfrenta directamente o indirectamente con las reglas implacables de la ley del mercado y de la racionalidad mercantil. El las denunció públicamente después de la conferencia afro-asiática que se desarrolló en Argelia. Por otra parte, las condiciones penosas de la conclusión del *affaire* de los misiles implantados en Cuba, el acuerdo entre la URSS y los EEUU, habían dejado un gusto amargo. Por otra parte, yo tuve un intercambio de palabras muy duras a este respecto con el embajador soviético.

Todo esto, junto con la situación que prevalecía en Africa y dejaba esperar inmensas potencialidades revolucionarias, habían conducido al Che a considerar que el eslabón débil del imperialismo se encontraba en nuestro continente, y que él debía consagrar sus fuerzas allí de ahí en adelante.

El internacionalismo del Che

En el momento de separarse de Fidel, él le dijo: otras tierras reclaman la contribución de mis modestos esfuerzos. Yo llevaré sobre nuevos campos de batalla el sentimiento de cumplir el más sagrado de los deberes, luchar contra el imperialismo, sea dónde fuere que se encuentre. Por supuesto, el Che se refería a participar físicamente en los combates que allí se desarrollaban.

Yo trataba de hacerle notar que ésta no era quizá la mejor manera de ayudar a la maduración revolucionaria que se desarrollaba sobre nuestro continente. Si una revolución armada puede y debe encontrar apoyos extranjeros, sin embargo ella debe crear sus propios resortes internos por los cuales apoyarse para conseguir la victoria. Ella debe crear su propia dinámica interna impulsada por una sensibilidad y por resortes mentales alimentados por un talento nacido sobre un suelo y un abono particulares, no obstante la ideología que los irrigue. Esto no impide, se empeñaba el Che, que su compromiso fuera total y físico.

El se trasladó a Cabinda, en el Congo Brazzaville, muchas veces. Rehusó un avión particular que yo quería poner a su disposición para asegurarle una mayor discreción en sus desplazamientos. Entonces yo puse en alerta a todos los embajadores argelinos en toda la región para que se pusieran a su disposición llegado el caso. Lo volví a ver en cada uno de sus regresos de Africa y pasamos largas horas discutiendo e intercambiando nuestras ideas. Cada

vez volvía impresionado por la fabulosa riqueza cultural del continente, pero poco satisfecho por las relaciones con los partidos marxistas de los países que había visitado y cuyas concepciones lo irritaban.

Esta experiencia de Cabinda, conjugada con la que hará a continuación con la guerrilla que se desarrollaba en la región de la ex-Stanleyville (Kisangani) lo había desepcionado bastante. Finalmente, había podido darse cuenta de la realidad de ciertas dificultades que yo le había mencionado en nuestras entrevistas. A saber, actuar por una acción física proveniente del exterior sobre una realidad revolucionaria dada.

Paralelamente al Che, nosotros llevamos adelante otra acción para salvar la revolución armada del oeste del Zaire. De acuerdo con Nyereré, Nasser, Modibo Keita, N'Krumah, Kenyata y Sékou Touré, Argelia aportaba su contribución enviando armas vía Egipto a través de un verdadero puente aéreo. Mientras que Uganda y Mali eran los que estaban encargados de administrar los cuadros militares.

Fue en El Cairo dónde nosotros reunimos, a mi iniciativa, y concebimos el plan de salvamento. Y comenzamos a aplicarlo cuando un llamado desesperado nos fue dirigido por los dirigentes de la lucha armada. Desgraciadamente y a pesar de nuestros esfuerzos, nuestra acción fue demasiado tardía y esa revolución fue ahogada en sangre por los asesinos de Lumumba.

Durante una de sus estadías en Argelia, el Che me comunicó un pedido de Fidel y de la dirección revolucionaria cubana: ya no les era más posible el intervenir eficazmente a partir de Cuba en favor de la revolución armada en América del Sur. Cuba se encontraba bajo estrecha vigilancia y nada podía ser organizado seriamente en dirección a América del Sur para encaminar las armas y los cuadros militares que habían sido entrenados en Cuba. ¿Argelia podría acaso tomar el relevo de Cuba? En lo que se refiere a la distancia se demostró finalmente que no era un *handicap* mayor. Por el contrario, se considera que ella podía jugar en favor del secreto que condicionaba el éxito mismo de una operación de esta importancia.

Por supuesto, mi respuesta fue un sí espontáneo y enseguida comenzó la puesta en marcha de las estructuras de recepción para los movimientos revolucionarios de América del Sur ubicados bajo el control directo del Che. Rápidamente los representantes de todos esos movimientos revolucionarios se trasladaron a Argelia, donde yo los encontré en muchas ocasiones en compañía del Che.

Un estado mayor que reagrupaba a los movimientos se estableció en las alturas de Argelia en una gran residencia, rodeada de jardines que nosotros habíamos simbólicamente decidido asignarle. Esta Villa Susini había sido un lugar célebre y su nombre pasó a la posteridad. Durante la lucha de Libe-

ración Nacional, ella había sido un centro de torturas, dónde numerosos residentes argelinos encontraron la muerte. Un día el Che me dijo: *Ahmed, nosotros acabamos de sufrir un golpe duro, hombres entrenados en la Villa Susini han sido detenidos en la frontera entre tal y cual país (yo no me acuerdo de que país se trataba) y yo temo que hablen bajo tortura.* El se preocupaba mucho y temía que el secreto del lugar dónde se preparaban las acciones armadas fuera develado y que nuestros enemigos se dieran cuenta de la verdadera naturaleza de las sociedades de importación-exportación que nosotros habíamos implantado en América del Sur para ayudar a la revolución armada, y cuya actividad real evidentemente no tenía nada que ver con su pretendida razón social.

El Che había partido de Argelia cuando sucedió el golpe de estado militar del 19 de junio de 1965, contra el cuál, por otra parte, me había puesto en guardia. Su partida de Argelia, posteriormente su muerte en Bolivia, y mi desaparición durante quince años deben ser estudiados en el contexto histórico que marcó el reflujo que siguió la fase de luchas de liberación victoriosas.

Ese reflujo marcó la agonía, después del asesinato de Lumumba, de los regímenes progresistas que habían nacido en el tercer mundo. Entre ellos los de N'Krumah, Modibo Keita, Zuharno, Nasser.

El Che está vivo en la memoria de los que luchan hoy en día. Esa fecha del 8 de octubre, inscripta en letras de

fuego en nuestras memorias, evoca una jornada inconmensurablemente oscura para ese prisionero solitario que yo era, mientras las radios anunciaban la muerte de mi hermano y mientras los enemigos que nosotros habíamos combatido juntos entonaban su siniestro canto de victoria.

Pero que no se alegren demasiado, ya que en la medida en que más nos alejamos de esa fecha y que se desvanecen en la memoria las circunstancias de la guerrilla que terminó ese día en Nancahuazú, por el contrario, el recuerdo del Che está más y más presente en el espíritu de los que luchan y de los que esperan. Más que nunca se inserta en la trama de su vida cotidiana. Alguna cosa de él queda en sus corazones y en sus almas enterrado como un tesoro imperecedero, en la parte más profunda, más secreta y más rica de sus seres, templando su coraje y avivando su energía.

Un día el silencio opaco de mi prisión, celosamente guardada por centenares de soldados, fue roto por un gran rumor. Fue así que yo supe que a pocos cientos de metros solamente estaba Fidel, visitando una granja modelo cercana e ignorando sin duda que yo me encontraba en esa casa morisca aislada sobre la colina y de la cual él podía ver sus techos por encima de los árbo-

* N d R. Zora Selani esposa del autor leyó este artículo en el Círculo Protagores, en Atenas, como homenaje al cumplirse el 20º aniversario del asesinato de Ernesto Guevara en Bolivia.

les. Seguramente, fue por esas mismas razones de discreción que esa misma casa había sido elegida por el ejército colonialista como centro de torturas. En ese momento recuerdos en tropel surgieron a la superficie. Una corte de rostros, como en un film velado por el tiempo, desfiló en mi espíritu y nunca como desde el momento que nos habíamos separado, pensé, el Che estuvo tan vivo en mi memoria.

Pero, en realidad, su recuerdo sea donde fuere que nosotros marcháramos nos ha acompañado siempre a mí y a mi esposa. Ella que lee en este momento estas palabras que yo escribo, que le dedicaba y le dedica siempre un culto sin límites. Nadie más que ella tenía el derecho de leérselas a ustedes*.

Una gran foto del Che ha estado fijada siempre sobre los muros de nuestra prisión y su mirada ha sido el testigo de nuestra vida cotidiana, de nuestras alegrías y de nuestras penas. Pero otra foto, una pequeña foto, recortada de una revista y que yo había pegado sobre un cartón y protegido con un plástico nos ha acompañado siempre en nuestras peregrinaciones. Es la foto más querida para nuestros ojos. Ella se encuentra hoy en Maghnia, mi ciudad natal, en la casa de mis padres, que ya no están más, y donde nosotros habíamos depositado nuestro más precioso *souvenir*, nuestros más preciosos recuerdos antes de partir al exilio. Es la foto del Che yaciente, con el torso desnudo y cuyo cuerpo irradiaba tanta luz, tanta luz y tanta esperanza.